



El Obispo de Teruel y Albarracín

Mis queridos hermanos sacerdotes, a vosotros especialmente dirijo mi mirada en este día de oración por el que me encomendó que os quisiera de verdad y os cuidara.

Excmas. e Ilmas. Autoridades, gracias por vuestra presencia y por la muestras de condolencia que me habéis manifestado en estos días, gracias por vuestra exquisita sensibilidad y sincera cercanía a los sentimientos de dolor de toda la cristiandad.

Mis queridos hermanos y hermanas,

Como os podéis imaginar estamos viviendo unos días especiales por la muerte del Papa Juan Pablo II. La palabra se ahoga en la garganta, cuando delante de tus ojos pasan las imágenes del Santo Padre agarrado a la Cruz de Nuestro Señor, siguiendo el Vía Crucis de la Vida; cuando recordando sus palabras de ánimo y aliento para que sea Nuestro Señor el centro de la vida, cuando ves a todos los que acuden a la Plaza de San Pedro y de los que se acercan a las iglesias del mundo a rezar por el apóstol, el testigo de la Resurrección, por el Papa de todos.

Juan Pablo II ha sido un regalo del Padre, un profeta, un testigo de las maravillas de Dios en el mundo, un canto a la grandeza del Altísimo, una explosión de colores para un mundo gris, una corriente de aire fresco que nos renueva, una figura de sombra alargada que alcanza cada rincón del “mapamundi” para decirle a todos que Dios nos quiere y que nos trata como a hijos, porque el Señor mira el corazón, nos mira como a su imagen y que no le importa el color de la piel, ni la etnia, ni la lengua que hables. Que las diferentes culturas, sensibilidades, tradiciones... que nos separan a nosotros, son una dádiva de Él para potenciar las posibilidades de acercarnos los unos a los otros y beneficiarnos todos de sus múltiples dones.

La fuente de inspiración del Papa ha sido la Palabra de Dios oída y celebrada todos los días muy cerca del Sagrario. Ha tenido abierto un oído al mundo para escuchar los lamentos y necesidades de todos los hombres y presentarlos a Jesús, por medio de la Madre y el otro oído directo a Dios para iluminar nuestras vidas con su Voluntad, desde la libertad de espíritu, con todo lo que nos serviría para crecer como cristianos, hijos del Padre Nuestro.

Todo el mundo ha reconocido que ha sido un trabajador infatigable, luchador ante

las dificultades que podría presentar la vida por llevar adelante el Reinado de Dios. Se ha gastado y desgastado, como decía San Pablo, por todos. Juan Pablo II ha sido el Papa peregrino, el peregrino de la esperanza, que ha corrido la carrera y ya ha llegado a la meta, ahora le queda la corona de gloria que Dios le tiene reservada. Sus sufrimientos, su fuerza ante la enfermedad, su muerte son como un último signo del sentido que él ha querido darle a su existencia: un estrecho amor a Cristo, a la vida y una fe fuerte en la Resurrección.

Ha sido un gigante de la historia, que ha luchado con todas sus fuerzas para defender al hombre de todos los absolutismos que lo hubieran anulado y ha combatido contra todo lo que pudiera a una civilización de muerte: ha sido el Papa de los Derechos del hombre, por eso ha defendido la vida, desde su concepción hasta su término.

Ha sido también un gigante de la Iglesia, que le está valiendo el título de “Grande”, porque ha trabajado por la unión de todos los cristianos en una verdadera comunión y he querido llevar adelante el espíritu y la letra del Concilio Vaticano II, con determinación: dialogo ecuménico, el dialogo interreligioso, la purificación de la memoria, y el dinamismo necesario para la nueva evangelización. Ha creído en los Medios de Comunicación y los ha utilizado con viveza.

Ha luchado con todas sus fuerzas contra todo lo que no favoreciera la vida de relación con Dios; ha predicado a tiempo y a destiempo que Cristo ofrece caminos de bondad y paz, que llevan a Dios Padre en el Espíritu a todo hombre. Ha resaltado especialmente el valor de la verdad y la ha defendido con verdadero ahínco. He rechazado el pensamiento que afirma que el hombre se ha dejado de llevar de su mediocridad y sin cesar ha apelado a la conversión, a la inteligencia, al compromiso, a la infidelidad... Nos ha invitado especialmente a ser testigos de lo que no vemos, a vivir la fe con alegría y sin complejos.

Un dato absolutamente revelador es que en estos momentos calculan que se pueden presentar en Roma, para sus funerales, más de cuatro millones de personas. No ha pasado por la vida desapercibido y la razón de esta respuesta del mundo ha sido que Juan Pablo II ha amado a sus hermanos de religión y a sus hermanos en humanidad. Es explicable que los jefes de todos los Estados le dediquen tiempo y homenajes de muchas maneras. Estamos viviendo un acontecimiento que salta los límites de una nación, se trata de un acontecimiento planetario.

Al comienzo de su pontificado nos llamó la atención para no tener miedo a seguir a Jesucristo, involucró a los jóvenes en la aventura de los valores cristianos y en las responsabilidades y al final de su vida, nos hace un regalo a todos: la Encíclica de la Eucaristía, que la Iglesia nace de la Eucaristía y nos anima a vivir con un estilo eucarístico, de presencia y de entrega.

Os invito a dar las gracias al Señor por el don de Juan Pablo II a la Iglesia y al mundo y a aprender de estos hombres y mujeres grandes de la historia para seguir construyendo el mundo que Dios quiere con responsabilidad.

Hemos tenido la dicha de conocerlo y por eso damos gracias a Dios. Terminaré con un pequeño texto de su mensaje póstumo, que él mismo escribió para celebrar el día de la Divina Misericordia.

“A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!”. Amén.

José Manuel Lorca Planes
Obispo de Teruel y Albarracín